

LA MUJER DE LOS LIBROS

Alba

Mi padre era un hombre tosco. Abandonaba su cama antes de amanecer para regresar a la hora de la comida, siempre refunfuñando. Cuando no era por las ovejas, era por las vacas, por los cerdos, por la yegua, las gallinas o los perros. Protestaba cuando llovía y cuando no; cuando el calor apretaba o cuando hacía frío. Después de comer, descansaba un par de horas y volvía a marcharse hasta entrada la noche. Entonces, con la luz de las lámparas de carburo, cenaba cualquier cosa para después caer rendido en la cama hasta el día siguiente.

Alguna vez lo oí decir que vivíamos como esclavos, aunque yo ni siquiera sabía lo que aquello significaba. Mi madre se hacía la sorda para no alimentar aquella furia que lo reconcomía por dentro y se limitaba a mantener limpia la vivienda, a tener preparada la comida a la hora exacta y a aprovechar al máximo todo cuanto pasaba por sus manos. Fabricaba queso, jabón, conservas de tomate, mermeladas, embutidos... Solía pedirme que le ayudara en algunas tareas, siempre con las mismas palabras: «Así aprenderás, hija. Aunque esto no es lo que quiero para ti».

Esa era nuestra vida en el cortijo de los amos, a los que no conocía. Ignoraba que existía otra muy diferente hasta que la conocí.

Recogía flores, algo alejada del viejo edificio, cuando apareció aquella mujer. Recuerdo que me pareció pequeña, en comparación con mi madre. Me preguntó si podíamos darle un poco de agua y la acompañé hasta donde estaba mi madre. Su voz era muy suave y cuando habló con mi madre, pronunció palabras que nunca antes había oído.

Tras presentarse como la nueva maestra del pueblo, entre otras cosas, se interesó por mí y por los motivos por los que a mis diez años aún no sabía leer ni escribir, ni había pisado jamás una escuela. Fue la primera vez que vi llorar a mi madre.

Esa misma noche, desde mi habitación, la oí llorar de nuevo cuando hablaba con mi padre. Después le gritó: «¡No pienso permitirlo!». Era finales de junio del 70 y aquella mujer desconocida se llamaba Manuela.

Al día siguiente, con la luz del día, mi padre seguía en casa y no se encontraba enfermo. Mi madre estaba junto a él y ambos parecían muy nerviosos; como atemorizados. Después supe que esperaban la llegada de Manuela.

Cuando apareció, nos sentamos a la mesa y hablaron de mí. Manuela se comprometió a venir a diario hasta el inicio del próximo curso para enseñarme a leer y escribir. Mi padre se mostró reticente. Decía que debía ayudar en casa, que mi madre tenía mucho trabajo... Nunca antes había visto una expresión parecida en la cara de mi madre cuando dijo: «No permitiré que nuestra hija se convierta en otra esclava», ni la de hombre vencido de mi padre, que a partir de aquel día comenzó a referirse a Manuela como «la mujer de los libros».

Manuela, fiel a su compromiso, se presentó cada día. Yo esperaba impaciente el momento en el que abría su libro y señalaba con su dedo índice cada sílaba antes de pronunciarla. A veces, mi madre detenía su tarea para observarnos. Sé que se sintió orgullosa cuando leí mis primeras palabras y descubrí su significado.

Sin embargo, mi padre siempre mostró indiferencia ante mis avances, hasta que una noche, después de la cena, me pidió que leyera algo para él, en una hoja de periódico antiguo. Después de unas pocas frases, aquel hombre analfabeto, ese hombre tosco que era mi padre, intentó disimular unas lágrimas mientras me abrazaba. A partir

de ese día, Manuela, la mujer de los libros, se convirtió en un miembro más de nuestra familia.

Apenas hablaba de ella, pero nos contó que vivían en la ciudad cuando su marido y su hija murieron en un accidente, diez años atrás, que desde entonces se refugió en la enseñanza y que recaló en el pueblo huyendo de los recuerdos. Decía que a menudo imaginaba que yo era su propia hija. Había una gran tristeza en sus palabras, como si ocultara un enorme sufrimiento.

Manuela también despertó en mí la pasión por la lectura. Devoraba los libros que me traía, algunos de ellos obras universales. Leía a los grandes autores y aprendía de ellos.

Luego, Manuela insistía en regalarme aquellos libros: «Para que tengas tu propia biblioteca», decía, «y para que nunca olvides quién te enseñó a volar».

Yo paseaba con sus libros y aprovechaba cualquier oportunidad para indagar en sus páginas. En muchos de ellos se hablaba de grandes mujeres que se enfrentaron a las dificultades; que vencieron obstáculos que parecían insalvables en una sociedad donde la mujer no gozaba de los mismos derechos que los hombres. Marcaba aquello que no comprendía y lo consultaba con Manuela, que aclaraba todas mis dudas, extendiéndose en explicaciones. Manuela, también me enseñó a escribir. Así, uno tras otro, fueron pasando los días, las semanas y los meses hasta que llegó septiembre y el inicio de un nuevo curso en la escuela del pueblo, a casi cuatro kilómetros de distancia, que debía recorrer a pie.

Cada mañana, mi padre me acompañaba hasta la mitad del camino, donde me recogía Manuela para llevarme a clase. Al final de la jornada, lo hacíamos a la inversa.

Cuando terminé mis estudios, recibí la noticia. Manuela nos confesó que se encontraba muy enferma y que pronto abandonaría el pueblo y la enseñanza, para

instalarse en su casa de la ciudad. También hizo a mis padres una proposición: comprendía que ellos no podían costearme estudios superiores, pero estaba dispuesta a dejarnos todo cuanto poseía, si accedían a trasladarse con ella, para hacerle compañía en sus últimos momentos. Ella se haría cargo de los gastos mientras siguiera con vida. Después, todo pasaría a ser de nuestra propiedad: «Tengo miedo a morir sola y vosotros sois mi única familia». Manuela necesitaba de nosotros y mis padres aceptaron.

La casa de Manuela era como imaginaba. En las afueras del pueblo, nada pretenciosa, pero con una biblioteca que sería la envidia de cualquier amante de la lectura. Mis padres se adaptaron bien a su nueva vida. A pesar de que Manuela recibía todos los cuidados que necesitaba, su estado de salud se fue deteriorando. En sus últimos meses, solo le proporcionaba un poco de paz que yo tomara asiento junto a su cama y leyera en voz alta sus libros preferidos.

Una mañana la encontramos sin vida.

Yo continué con mis estudios, gracias a la dotación económica que Manuela nos dejó. En su honor estudié literatura y conseguí ser profesora. Todos mis alumnos conocen la historia de Manuela, que es la mía propia, y cómo gracias a ella, mi familia y yo conseguimos ser libres.

Procuró que aprendan no solo la parte histórica de la literatura, sino que intento inculcarles el gusto por la lectura, la comprensión o la autonomía a la hora de leer, entender, interpretar y hacer una crítica y evaluación sobre la lectura hecha, como aprendí de Manuela.

Algún tiempo después, salió a la luz mi primera novela. Pensaba en Manuela cuando la titulé: «La mujer de los libros».